



CUATRO AÑOS, UN MES Y CINCO DÍAS: TIEMPOS Y DESTIEMPOS DE LA GUERRA CIVIL EN LAS MEMORIAS DE FEDERICO ÁLVAREZ

Margarita Pierini

Universidad Nacional de Quilmes

mpierini@unq.edu.ar

Se produjo un hecho contrario a la razón y a la naturaleza humana. Empezó la guerra. No sabíamos hasta qué punto aquello iba a romper nuestras vidas.

El niño de nueve años que, como cada verano, inicia aquel 18 de julio de 1936 el viaje de vacaciones hacia la casa de sus abuelos en San Sebastián, no puede prever que ese trayecto va a separarlo durante más de cuatro años del resto de su familia republicana. Como a tantos españoles separados *de mar a mar* por la guerra, el lugar de residencia donde los sorprende el levantamiento franquista va a determinar en gran medida las nuevas formas de vivir –o de sobrevivir– en los años posteriores: los vínculos familiares, los amigos, los estudios, las adhesiones partidarias, la expresión de las ideas. Y la vida cotidiana, marcada en mayor o menor medida por las restricciones de diverso tipo: desde el racionamiento hasta la prohibición de escuchar radios *enemigas*.

Hombre de tres patrias (España-Cuba-México), como lo definen sus amigos, Federico Álvarez Arregui (San Sebastián, 1927) narra, en el primer libro de sus memorias (*Una vida. Infancia y juventud*¹) los años de la guerra y los inicios de la posguerra en una ciudad donde lo familiar y conocido adquiere de pronto el rostro del peligro, de la muerte, la delación y la sospecha. El tiempo empieza a medirse de otra manera para ese niño que espera el reencuentro con sus padres, con sus compañeros de ideas, con los modelos de vida que han guiado sus conductas. Un reencuentro que, cuando se produzca, va a tomar un nuevo nombre y un nuevo camino: el exilio.

¹ El libro reúne los recuerdos de sus años durante la guerra civil en San Sebastián, ciudad donde había nacido en 1927, y los primeros de su juventud en La Habana, hasta su llegada a México en 1947.



El autor de estas Memorias

Federico Álvarez Arregui es uno de los grandes Maestros de la Universidad Nacional Autónoma de México, reconocido por varias generaciones de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras –entre los cuales me cuento. A su tarea como profesor e investigador une la tarea editorial desarrollada a lo largo de su vida en Siglo XXI, así como en la dirección de numerosas publicaciones, como la revista *Literatura Mexicana*, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Perteneciente al histórico grupo del exilio español en México, mantiene siempre, desde sus años de joven militante del PC, sus convicciones republicanas y sus ideas de izquierda donde las certezas profundas se sostienen en un espíritu crítico y humanista, matizadas por su excepcional sentido del humor.

Una familia republicana

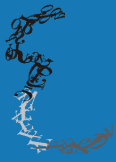
El hijo mayor de tres hermanos de una familia de ideas liberales y republicanas –el padre, inspector de seguros, la madre, ama de casa–, vive su infancia madrileña de clase media, donde las prácticas religiosas corresponden a los usos habituales en su medio y nada más.

Antes de la guerra, en Madrid, con mis padres, no había en casa rastro alguno de religión. Ellos se habían casado por la iglesia –en 1926– como todos. También nosotros habíamos sido bautizados y hecho, uno tras otro, la primera comunión, catequesis mediante. Pero al día siguiente la religión desaparecía de nuestras vidas (Álvarez 2013: 112)²

Descendiente de varias generaciones de vascos, la marca de esta filiación está presente de muy diversas maneras en la historia de la familia. Así, la madre, radicada ya en Madrid, vuelve a su tierra para dar a luz a cada uno de sus hijos. Y la lengua, las costumbres, el paisaje, son recuperados y apropiados por Federico a lo largo de su vida y de sus memorias.

Como tantas familias de clase media, en una época en que las vacaciones pagas y el turismo que promueven no estaban al alcance de las mayorías, terminado el periodo de clases la costumbre era trasladarse a la casa de los parientes para disfrutar allí de los meses de verano, de julio a septiembre, en compañía de abuelos,

² En adelante cito solo por la página de esta edición.



tíos y primos: “Vivíamos años felices: los veranos a la playa de San Sebastián; el resto del año al [colegio] Decroly, en Madrid” (36).

La felicidad que implica el ritmo cotidiano –en especial en la vida de los niños– se interrumpe en esa fecha que va a marcar el siglo XX: el 18 de julio de 1936. En ese día –“día de mi santo, San Federico, obispo y mártir de Utrecht” (48) escribe el autor, en ese ir y venir entre lo personal y lo histórico que entreteje todas sus memorias–, en la misma madrugada en que arrancaba el coche que los llevaba, como cada año, a la casa de los abuelos, “se estaba sublevando el ejército regular en África y en todas las ciudades importantes de España”. Y el hombre que recuerda elige la voz de alguien que sabía de la paz y de la guerra para dar cuenta de la catástrofe: “*Se produjo un hecho contrario a la razón y a la naturaleza humana. Empezó la guerra*” (48). La cita de Tolstoi aporta una dimensión universal y filosófica que trasciende la coyuntura del conflicto español para insertarlo en la historia universal de la barbarie.

La familia Álvarez envía primero a casa de los abuelos a los dos hijos mayores (Federico, de 9 años, Tere, de 7); días después piensan partir de Madrid para reunirse con ellos, llevando al hijo menor, Eugenio. Como en tantas otras historias que conocemos, ese reencuentro va a demorar mucho más de lo previsto. La caída del Norte en manos de las tropas “rebeldes”, el alistamiento del padre en el Quinto Regimiento, su posterior actividad como Inspector de Sanidad y la salida al exilio de los tres al terminar la guerra –primero a Francia y luego a Cuba– hacen que la separación se extienda por *cuatro años, un mes y cinco días*, como registra el mayor en su cuenta personal. Federico tiene 13 años cuando, de la mano de su hermana, desde la cubierta del *Magallanes* vuelva a ver a su familia que los espera en el muelle de La Habana.

La gente saludaba agitando las manos. Nosotros saludábamos también. (...) ¿Nos habían visto? Eran ellos. Gritos. Todo eran gritos en la barandilla larga del *Magallanes*. Voces delirantes, nombres en lenguas extrañas. Nosotros: ¡Papá! ¡Mamá! ¡Eugenio! (...) Lo soñado, al fin realidad (156)

La experiencia de la guerra

Al leer las narrativas de los años de guerra y posguerra, se hacen visibles una serie de elementos que podrían organizarse como tópicos en su necesaria y trágica reiteración. En estas memorias esos elementos recurrentes se presentan con los



matices y variantes propios de la coyuntura local y familiar de quien los evoca casi 80 años después.

La historia de Federico se desarrolla en una zona que en pocos días cae en manos de los fascistas. Y las reacciones encontradas que en toda guerra civil se dan en el seno de las mismas familias, en su caso se producen entre la abuela (la *amona*) que nunca ha sido republicana³, y algunos de sus hijos (el tío Luis, que cae preso en los primeros días de la guerra; el tío David, que marcha al frente, y que será fusilado al producirse la derrota del ejército republicano). El memorioso recuerda la alegría de los primos franquistas en abril del 39, el *Te Deum* que él mismo canta en el Colegio “en acción de gracias por la victoria” integrando el coro de niños (137), los requetés desfilando por la ciudad triunfante; y también, la imagen de Encarna, la sirvienta de la casa, detenida por hablar euskera en la calle (aunque, acota, “no llegaron a cortarle el pelo ni a darle aceite de ricino” (96).

La violencia de las armas no ocupa un lugar demasiado relevante en este relato: San Sebastián es una ciudad que cae muy pronto en manos de los sublevados. Está, sí, el recuerdo de los barcos bombardeando el puerto y el refugio en el sótano de la pastelería Grashi, en la planta baja de su casa, donde se protegen algunas noches (57). Está también, en los primeros días, el asombro al ver convertido al hijo de la planchadora, su compañero de juegos, en un hombre repentinamente crecido, con su ropa de miliciano: “mono azul, pañuelo rojo, alpargatas” (53). Algunos muertos junto a los boquetes abiertos por las bombas, gente que llevan presa, “muchachas por la calle caminando desafiantes con el pelo cortado *al cero*” –novias de milicianos o hijas de los rojos detenidos o fusilados (61).

Pero la violencia adquiere otras formas: el ingreso a la escuela católica –con nuevos hábitos, nueva disciplina: la misa cotidiana, las confesiones, los castigos a los alumnos, la prédica contra los enemigos de Dios, los *rojos*, entre los cuales Federico empieza a sospechar que debe estar incluido su padre–; la gente conocida que deja de estar donde solía, y no se habla más de ella. Las noticias que llegan desde Madrid, en cartas siempre cautelosas; la lectura del mapa que habla con la verdad de los hechos frente al triunfalismo de los partes de guerra (130).

El tópico de la falta de comida –las carencias que impone la guerra– no es un elemento que se destaque en estos recuerdos. Por un lado, la amistad de doña Angelita, carnicera de la Bretxa (80) y la cuidadosa administración de la *amona* hacen

³ “Pero creo que en aquellos días en que empezaba la ocupación de San Sebastián mi abuela dejó de ser franquista sin dejar de ser antirrepublicana”, deduce Federico (61).



que en la casa no se pase *verdaderamente hambre*. Pero el recuerdo del racionamiento se filtra en el lenguaje: “¿*Quieres un poco más?* es una frase que oí por primera vez en Cuba” (80).

Un recuerdo común en estas historias: la necesidad de que convivan varias familias en la casa que les ofrece hospitalidad, con las nuevas costumbres y las tensiones que se producen entre personas de ideas y expectativas diferentes y aun contrapuestas. A través de Francia llegan a San Sebastián los parientes de Madrid para refugiarse de los bombardeos de la capital. “Las tías hablaban con la *amona* de los horrores de la zona roja; mis primos me dijeron simplemente que mi padre era *ruso*. Me quedé pasmado. Los rojos y los *rusos* eran obviamente los malos” (128).

Entre vascos

Si bien la rápida victoria del franquismo en la región del Norte va a ser celebrada por buena parte de la población, ese consenso no está carente de tensiones: el sentimiento nacionalista impide adherir totalmente a los nuevos vencedores. El fusilamiento de 16 curas vascos despierta sentimientos encontrados: entonces, ¿no son solo los rojos los que asesinan sacerdotes y monjas!

El bombardeo de Guernica por la aviación alemana e italiana constituye una agresión que no se comprende, y que se comenta en voz baja, *con sorpresa y horror*, aun por los partidarios del régimen franquista. Hay un episodio que vive el niño Federico como una paradoja inexplicable: un día los curas de su colegio marianista organizan una excursión para visitar lo que ha quedado del pueblo venerado por los vascos.

Pueden olvidárseme muchas cosas, pero aquellas puertas abiertas a ningún lado, sobre aquellas paredes delgadas que todavía conservaban al aire algunos rastros de pinturas y anaqueles, aquellas vigas de madera semiquemadas, enhiestas entre piedras, ladrillos y tejas ennegrecidas, no pueden olvidarse (118).

Junto con las imágenes de la destrucción, lo que graba a fuego este recuerdo en la memoria de Federico es el silencio de los mayores:

Los curas no nos dijeron nada, ni al ir ni al volver. Tampoco la *amona* o Tere preguntaron mucho. Yo nunca supe contar aquel viaje. [...] Creo que



nos llevaron allí para que guardáramos para siempre la memoria de aquel horror (119)⁴.

La guerra ha terminado

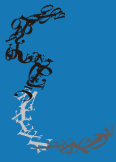
El final de la guerra se festeja con desfiles de la victoria, camisetas azules, boinas rojas, medallas, botas de cuero brillante: “Había que contestar todos los gritos: “¡Viva!” “¡Arriba!” y repetir interminablemente, brazo en alto, el nombre de Franco” (136).

En la esfera familiar, se vive la despedida de los primos, que regresan felices “al Madrid liberado, donde Celia Gámez cantaba *Ya hemos pasao*” (137); la casa de la *amona* recupera su vida habitual, aunque bajo un racionamiento que se vuelve más estricto. Para los niños, es la espera del momento de reunirse con los padres, entre noticias que tardan en llegar. Y las que llegan son malas noticias: los que pudieron salir, confinados en Francia en campos de concentración⁵; los que quedaron, objeto de delaciones, de represalias, cuando no de venganzas personales; los que ocuparon cargos en el ejército republicano, presos o fusilados, como el tío David.

El inicio de la Segunda Guerra va a producir, impensadamente, el deseado reencuentro que se realizará finalmente en Cuba —esa segunda patria de tantos españoles más allá del 98— convocados por los familiares que allí residen. (No cabe aquí desarrollar las peripecias de la salida de España de los padres y el hermano menor, ni narrar el episodio verdaderamente novelesco del intento de Federico y Tere de pasar a Francia cruzando a pie el puente que une San Sebastián e Irún, bajo la mirada de la guardia civil y los gendarmes franceses. Un intento frustrado por esos gendarmes “vestidos de negro y con cascos también negros” de voces amenazadoras: “Foutez le camp! En arrière!”) (138-140).

⁴ En una entrevista realizada al publicarse sus memorias, el autor reflexiona sobre aquella *extraña “excursión escolar”*: “Al cabo del tiempo he llegado a creer que en los marianistas de San Sebastián (o, al menos, en buena parte de ellos) hubo el deseo, acaso de origen católico “nacionalista”, de hacernos ver lo que Franco, los aviones alemanes, habían hecho con la ciudad simbólica de las tradiciones vascas. Sabíamos lo que era la guerra: uniformes, soldados heridos, bombardeos, moros, muertos tirados junto a un socavón, desfiles, noticias susurradas, cárceles, fusilamientos... pero no sabíamos lo que era el horror desnudo” (Fernández: 2013).

⁵ El relato registra otra marca inolvidable de la confraternidad vasca: cuando la madre cruza la frontera con el hijo menor, Eugenio, son acogidos en un refugio “para mujeres y niños vascos” organizado por vasco-francesas que gritaban ante aquel enorme gentío desamparado de soldados y civiles: “¡Mujeres vascas por aquí!” (135). De este modo logran eludir el destino de los campos de concentración de la mayor parte de los refugiados españoles.



El tratamiento de la historia personal

El registro de esas memorias está enmarcado por los modelos literarios con los que, desde el presente de la escritura, el autor entreje las experiencias vividas. Para Federico, hombre de Letras, la historia personal cobra nuevos sentidos a través de las lecturas de aquellos años de infancia y las que lo iluminan a lo largo de su vida: Tolstoi, Thomas Mann, Romain Rolland con su *Juan Cristobal*, Galdós, Unamuno, como antes las imágenes inolvidables aportadas por Dumas, Verne, Salgari, Karl May, Mayne Reid.

De la escuela católica, con sus rituales obligatorios y su capacidad para crear culpas y escrúpulos que atormentan la conciencia infantil, rescata sin embargo la sabia iniciación en la pasión por la lectura que siempre va a acompañar a quien se recuerda como un niño solitario y abstraído. Será también el lugar donde aprenda a escribir y a hablar en público, a partir de los ejercicios semanales de redacción y de oratoria que va a recordar divertido años más tarde, en la *supuesta transición* de los 70, reunido con editores amigos que habían tenido similar formación:

Acabó resultando que casi todos los que allí estábamos éramos “ex marianistas”, “ex maristas” y “ex jesuitas”. Y además, socialistas o comunistas. Uno de ellos concluyó: “Los curas son estupendos fabricantes de excelentes editores ateos”. Adjetivos aparte, así fue, en efecto (70).

El registro de las voces

Quisiera destacar aquí la peculiar construcción de la voz narrativa que va hilando estas memorias. Una voz que se tensa entre el presente de quien recuerda y el pasado hacia donde regresa la memoria. Los breves diálogos puntuales del protagonista –con su padre, con algún compañero de los juegos del colegio y de la calle, con su hermana Tere– que reproducen la vivencia y el sentimiento de la infancia están enmarcados, sostenidos, por la conciencia del hombre que desde el presente los ilumina con una palabra que les otorga una nueva dimensión.

Como señala acertadamente Edith Negrín:

Al evocar su infancia, Federico alterna la primera y la tercera persona gramaticales, como para poder narrar desde más de una perspectiva, acontecimientos que apenas estaba capacitado para entender. Llevado asimismo por el empeño de comprender, sitúa las emociones infantiles, el



estupor, el desconcierto, el desasosiego, la zozobra, la congoja, a la luz de la cultura del adulto narrador que se permite entonces un alud de citas literarias, históricas, filosóficas, cinematográficas [...]. Estudiar la enciclopédica intertextualidad de estas memorias contribuiría a conocer el horizonte cultural compartido por una generación de intelectuales (Negrín 2014:5-6).

La voz del narrador se sostiene a través de la distancia entre este hombre de 86 años, que se ve cercano al final de su vida y elige para presentarse una imagen impactante entre todas: “Es como un fusilamiento. Miro fijamente la boca de los fusiles. Y hago lo que se supone hacen todos los condenados a muerte: paso revista a mi vida” (15) – y el niño que vivió aquella guerra, cuyas historias analiza e interpreta desde el pensamiento y las convicciones que se fueron formando en él desde aquellos años. Como en un bajo continuo –la metáfora musical corresponde a uno de los temas que vertebran el relato de la vida de la familia– las certezas que se sostienen a lo largo de una trayectoria, ratificadas por la experiencia de muchos años, iluminan, comentan aquellas vivencias, que aparecen como enhebradas en un hilo que ratifica su coherencia, su marcha hacia un sentido histórico que no siempre permite sostener la esperanza.

Aquel niño de ojos abiertos recoge también las voces que aprenden a callarse, a decir en voz baja, palabras y nombres que se deslizan entre silencios. Los niños son especialmente lúcidos para saber qué es lo que no se tiene que preguntar – aunque no se comprenda bien lo que dicen los mayores–; se incorporan prontamente a los códigos cifrados que ellos manejan. La palabra es demasiado horrible para ser dicha abiertamente, en esos años donde lo que hacen los hombres es *contrario a la razón y a la naturaleza humana*: “Empezaron a llegar las noticias terribles de Navarra ... miles de fusilados, a 40 km de San Sebastián” (58), “habían empezado las ejecuciones de los fascistas presos en la cárcel de Ondarreta” (58), los *gudaris* que se salvan, sin que se sepa bien por qué – “de eso no se hablaba; solamente el tío Eugenio lo comentaba con la *amona* en tono confidencial” (81); la radio de Londres, que se escucha a escondidas, al estallar la Segunda Guerra, afrontando la delación de algún vecino; la sospecha de que se está marcado como *rojo*, objeto a la vez de compasión y de exclusión en la comunidad escolar:



Yo quería ser monaguillo: jamás lo permitieron. Yo quería pertenecer a la Congregación de Hijos de San Luis Gonzaga y llenaba cada año la planilla con mi mejor letra; jamás me aceptaron. [...] Creo que toda mi infancia, durante la guerra, en San Sebastián, estuvo marcada, como para muchos, por ese estigma de hijo de rojo (107).

Las cartas que se envían desde San Sebastián cuidan las palabras: se envían noticias de la escuela, de la playa, de los primos, de los héroes del fútbol local –la imagen de una vida normal, la que corresponde a un chico de 12 años:

En las muy espaciadas cartas a los padres solo podía hablar de notas del colegio y de novelas y de la Real Sociedad. Un mundo aparte, una especie de salvación ignorada: orla azul, Yañez y Sandokan, Axel y Lidenbrock; Alday, delantero centro (131).

Las cartas de los padres *rezuman tristeza y mutismo sobre casi todo* (132). Llegan *noticias calladas, como casi siempre*. A los vencidos solo les queda renunciar a la palabra. *Tragar un sapo cada día. Juntarse a hablar quedamente, acaso* (144). Más que el recuerdo de las músicas marciales del desfile de la victoria, de los gritos en el saludo ritual (*Arriba España!* y *¡Una! ¡Grande! ¡Libre!*) lo que perdura en el registro de la memoria es ese interminable murmullo de las voces silenciadas.

Pero la palabra que recuerda a aquellos hombres no puede borrarse para siempre. Desde el presente, frente a la foto del tío David tomada en los años de la guerra –“Tiene cosida, en el brazo de su chamarra negra, la ikurriña vasca” (142)– se registra la fecha de su fusilamiento (15 de julio de 1940) y los nombres de la vida que permanece y se prolonga: “Mi hijo se llama David; y su hijo, mi nieto, también”.

Regresar a la patria para volver al exilio

El relato de estas memorias entabla un diálogo continuo, se sostiene sobre la trama de un pensamiento al que el autor se ha mantenido fiel a lo largo de su vida de intelectual comprometido con los ideales republicanos y revolucionarios. Desde la reflexión del presente, se interpretan los episodios que el niño de ayer vio desfilar ante sus ojos incrédulos frente a la barbarie que los hombres de su tierra podían llegar a cometer, a justificar, a tolerar.



Podría leerse un doble final para este primer tomo de los recuerdos de Federico Álvarez. El primero, el inicio de ese exilio que, a los 13 años, lo lleva a vivir “un nuevo tiempo verdadero. El único premio del exilio: vivir otra vida. Éxodo, sí, salida; pero también entrada” (163). Este es el camino que lo lleva a Cuba, primero (1940) y luego a México (1947), y a la adolescencia, y a la militancia, a la amistad, al amor. Aunque con la certeza, dice, de todo exiliado, de que se está viviendo entre paréntesis, en un tiempo provisional, que va a cerrarse por fin con el regreso.

Y el otro final: el descubrimiento, al volver a España en los setenta –en los años de la *llamada transición*– de que entonces empezaba el verdadero exilio, el definitivo “Y fue al cerrarse el paréntesis” –de la vida provisional del exiliado– “en los años setenta, cuando cristalizó la estafa”, afirma con su palabra rotunda Federico⁶. “Nosotros no lo sabíamos, pero España, la República, desaparecía. Una tragedia silenciosa, sin lágrimas ni clímax; pero con un triste conocimiento de la verdad” (163).

Pero ésta es otra historia, que nos debe el memorioso en un próximo volumen de sus recuerdos.

Bibliografía

ÁLVAREZ, Federico (2013), *Una vida. Infancia y juventud*, México, CONACULTA. Colección Memorias Mexicanas.

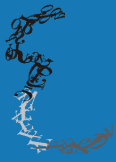
FERNÁNDEZ, Fernando (2013), “La felicidad ocurre casi siempre en el olvido. Entrevista a Federico Álvarez”, *Revista Este País* (México), 1-11-2013.

NEGRÍN, Edith (2014), “Una infancia republicana” en *La Jornada de Morelos*, 8-6-2014, pp. 5-6.

Datos de la autora

Margarita Pierini (Buenos Aires, 1947) es doctora en Letras Hispánicas por la UNAM. Actualmente se desempeña como docente-investigadora en la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina).

⁶ En la citada entrevista de 2013 expresa Federico Álvarez: “Tras la euforia engañosa de la “transición”, acabaron ganando —si es que alguna vez perdieron— los franquistas de nuevo; es decir, la vieja derecha española fascista de siempre. “España es así”, es una novela de Baroja. No lo sabía bien. Ni los socialistas pudieron nada contra ella. Teníamos una ilusión —la República democrática, moderna— que no se cumplió. Toda España estaba y sigue estando emblematizada en el rey, el himno real, la bandera franquista, Franco en el Valle de los Caídos como en un sagrario, y los cadáveres de tantos asesinados por el franquismo perdidos en sus tumbas anónimas. [...] Si aquello era España, no era la nuestra desde luego” (Fernández 2013).



Ha dirigido proyectos de investigación sobre: Literatura de viajes. Procesos de recepción y de lectura de los públicos masivos. Escritoras latinoamericanas de los siglos XIX y XX. Colecciones argentinas de los años 60.

Entre sus publicaciones recientes: *Escritoras latinoamericanas del siglo XX*; *Doce cuentos para leer en el tranvía*. *Una antología de La Novela Semanal*; *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso* (en colaboración); *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna*.